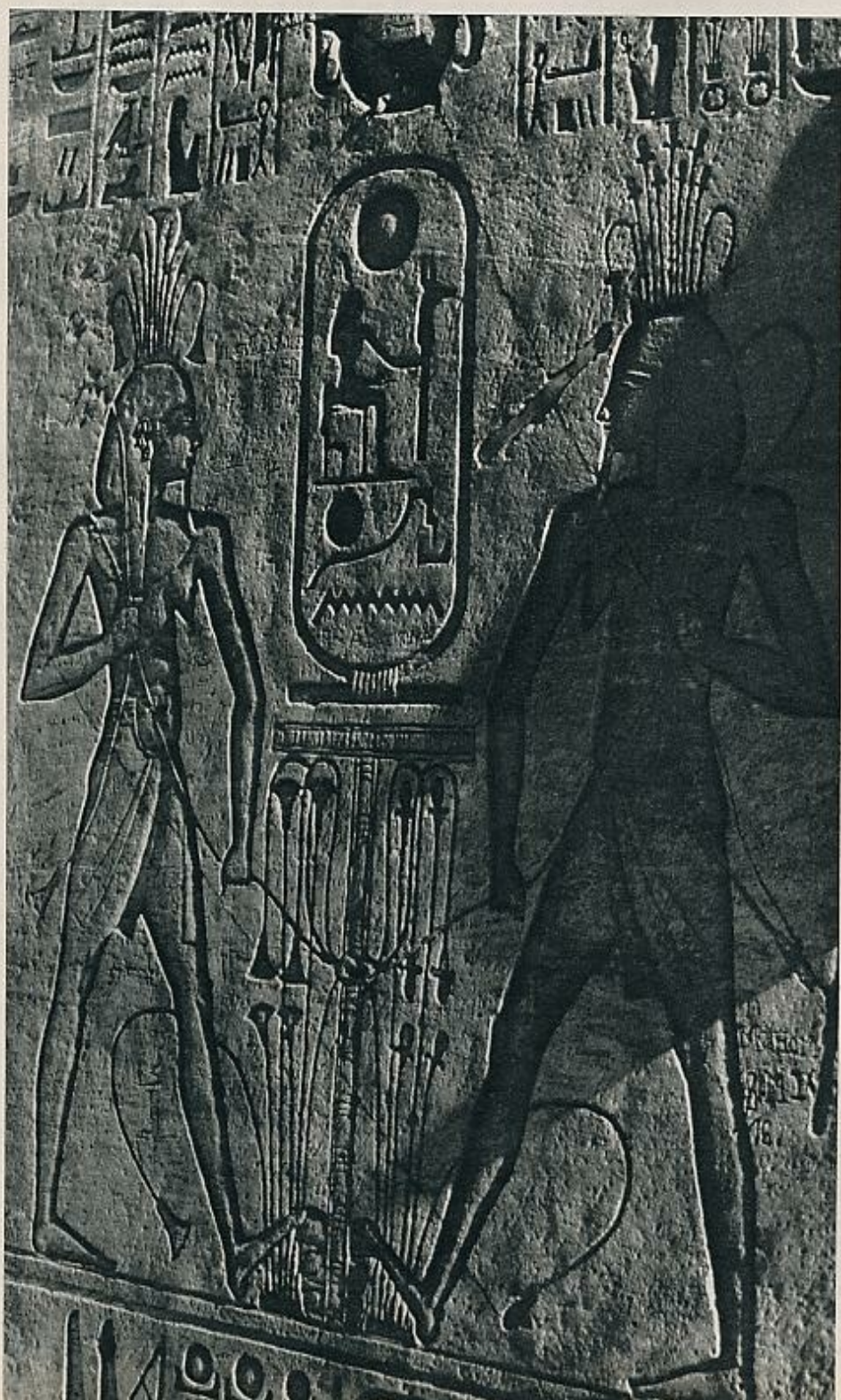


LOS TEMPLOS DE ABU-SIMBEL

RAMSES II HA RESUCITADO



por **William Mac Quitty**

(Especialista en los trabajos de salvación de los templos egipcios)

LA historia de Abu Simbel empieza con la historia del mundo. Hace 135 millones de años, durante el período cretense, se formaron grandes capas de arenisca cerca de lo que ahora se conoce con el nombre de Wadi Halfa, en la frontera de Egipto y Sudán. Algunas de las capas eran duras; otras, por el contrario, blandas. Con el transcurso de los siglos el rápido Nilo fue horadando un canal en estas últimas capas y formando al mismo tiempo rocas de gran altura, hasta que, hace tres mil años, sus aguas, de color verde lechoso, cubrieron determinado punto de su curso, una superficie de lisas arenas al pie de una especie de acantilado de arenisca.

En todo el árido desierto que atraviesa el Nilo, no había un lugar mejor para construir templos en las rocas, y Ramsés II no tuvo que seguir buscando. Aproximadamente, hacia el año 1270 antes de Cristo, empezó la construcción de los mismos.

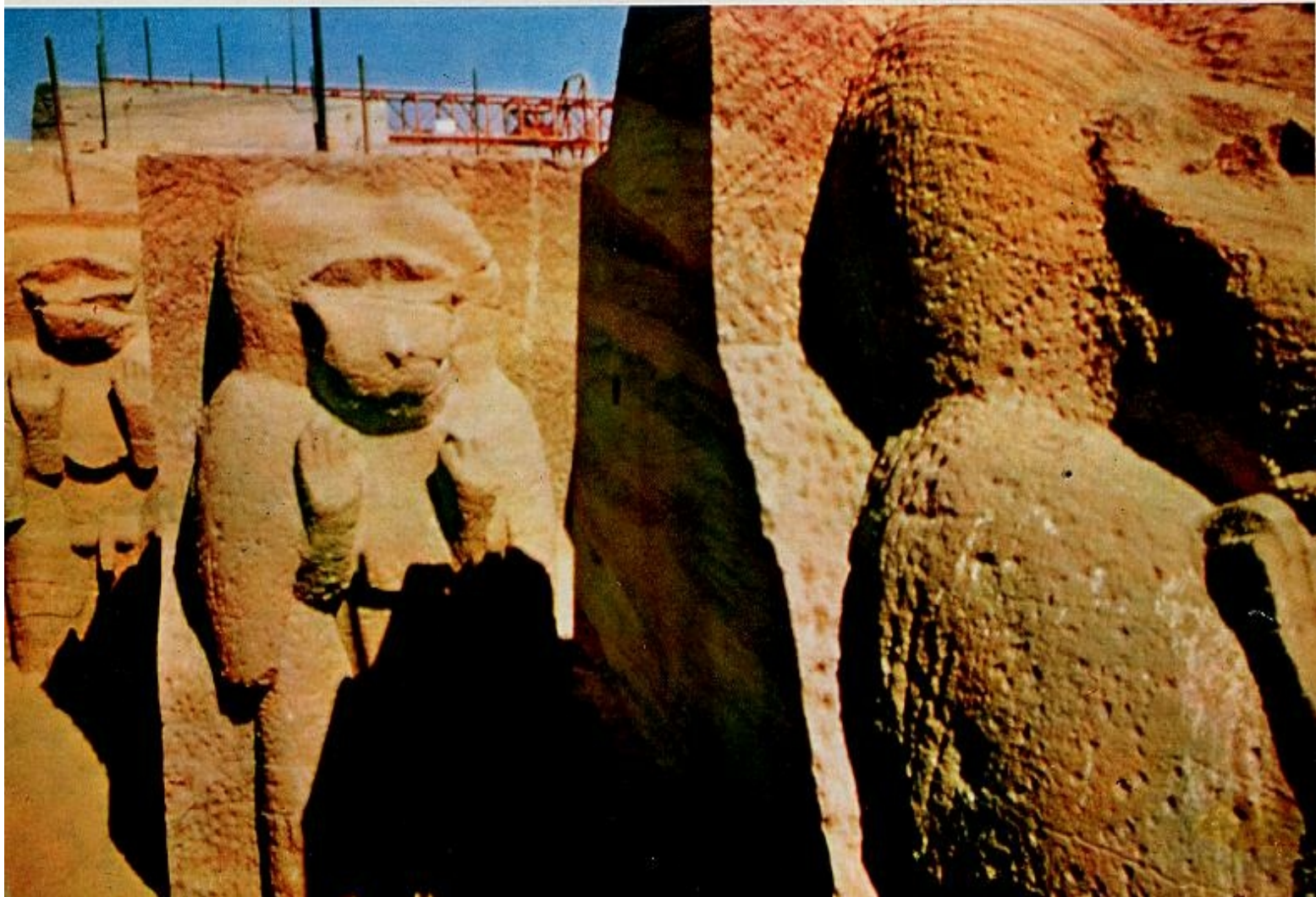
Iluminación directa

Los albañiles del reino de Ramsés aprendieron muy pronto a aprovechar las ventajas naturales que ofrecían los estratos de arenisca. Las capas duras formaban techos de extraordinaria firmeza; las fisuras verticales facilitaban la excavación de la piedra, en la que los antiguos egipcios eran extraordinariamente expertos. La amaban y la entendían, e incluso con las rudas herramientas de aquella época eran capaces de conseguir resultados que aun hoy en día seguimos considerando soberbios. Diseñaban la entrada del templo de tal forma que los rayos del sol naciente pudiesen iluminarla directamente. Luego, se continuaba excavando la piedra hasta una profundidad de 180 pies, siempre en línea recta, de tal modo que el santuario situado en el interior pudiese recibir los rayos dorados de Ra, el dios sol.

Por encima de los templos se extendía el seco y amarillo desierto, inmenso mar de arena, que durante las tormentas se desbordaba, cubriéndolos con su manto protector. Sin duda, en la época faraónica, los templos se mantenían libres de arena, pero, poco a poco, ésta fue ocultándolos a la vista del mundo. **SIGUE**



Vista aérea de los trabajos de traslado. Las aguas del Nilo, en época de crecida, están a punto de saltar sobre la presa protectora. Sobre el acantilado superior se reconstruirán los templos de Abu Simbel, en un lugar adonde no podrán llegar jamás las aguas del padre Nilo en su crecidas periódicas. Abajo, bloques del templo.



En 1813, un viajero suizo, John Lewis Burckhardt, descubrió una colosal cabeza que sobresalía de entre la arena. Cuatro años después, un forzado de un circo italiano, Giovanni Battista Belzoni, consiguió persuadir a un grupo de árabes, a los que previamente había encantado con sus muestras de fuerza (sosteniendo a cuatro sobre su cabeza), para que le ayudasen a quitar la arena y, una vez libre la entrada, Giovanni penetró en el interior del templo.

A pesar de ello, la arena volvió de nuevo a obstruir la entrada. El teólogo escocés James Barrie escribe al respecto: «Es de temer que el hombre se comprometa aquí en una inútil batalla contra la naturaleza y que el gran templo termine por ser sepultado». Y añade, en un tono profético: «Esto, sin embargo, no ocurrirá si el hombre valora suficientemente una de las obras más grandiosas del pasado y la considera digna de protección». No obstante, no ha sido la arena lo que ha amenazado los templos, sino el agua. Y la solución para combatirla no se halló en Abu Simbel, sino en Francia.

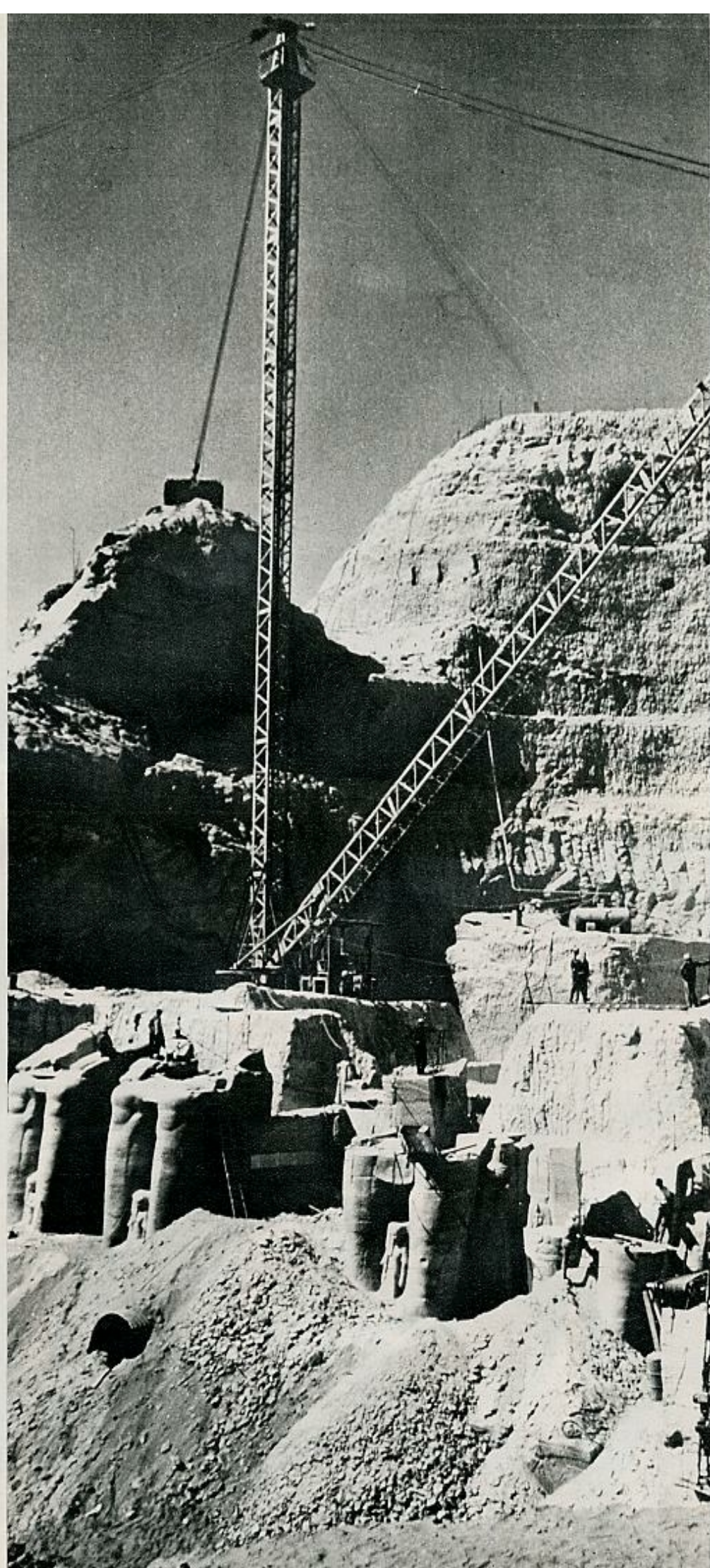
el salvamento de los faraones

La búsqueda de una solución empezó a corta distancia de la plaza de la Concordia, en el corazón de París, donde se levanta un obelisco que para millones de personas es el símbolo de la ciudad más civilizada del mundo. La aleación de oro y plata que antaño cubría la punta y que mandaba los reflejos solares al interior del templo de Luxor, no está ya allí. Pero la inscripción ha desafiado el correr de los siglos: «Ramsés, el fuerte y poderoso, amo de todos los portadores de coronas, Ramsés que peleó contra millones, invita a todo el mundo a que se rinda a su poder». Un poco más lejos, está el luminoso edificio de cristal y acero de la UNESCO. Aquí se ha producido la mayor concentración de esfuerzo arqueológico jamás conocido. Parece, en efecto, como si todo el mundo se hubiese «rendido» por un momento a los pies del gran Ramsés. Esta operación comenzó el seis de abril de 1959, cuando el gobierno de la RAU pidió ayuda al director general de la UNESCO con el fin de salvaguardar los monumentos amenazados por las aguas del gran pantano. La respuesta fue unánime. Se dejaron a un lado las usuales barreras del egoísmo internacional, y amigos y enemigos se vieron arrastrados por una gran corriente de entusiasmo; entusiasmo, aunque parezca extraño, por algo que la mayoría jamás había visto y de lo que muchos ni siquiera habían oído hablar nunca.

Unos cincuenta países contribuyeron con un total de más de 12 millones de libras al proyecto de salvación de los dos templos excavados en la roca. El problema consistía en cómo salvarlos, dado que estaban situados en la orilla occidental del Nilo, a 166 millas al sur de Assuan, es decir, muy lejos de la moderna tecnología. No había carreteras, ni ferrocarril, ni aeropuertos, sólo el gran río era útil para transportar el equipo. Sin embargo, se presentaron a estudio muchos proyectos ingeniosos.

los proyectos

El primero que se consideró, de modo serio, fue el presentado por un italiano. Consistía en colocar los templos dentro de cajas de hormigón reforzado para elevarlos progresivamente (un die-



ABU-SIMBEL



A la izquierda, de los cuatro grandes colosos sólo quedan las rodillas y el vacío que cubrirán las aguas. En la foto superior, un técnico aplica una taladradora eléctrica con el fin de cortar un bloque de la roca madre. En el centro puede verse el depósito de bloques, convenientemente numerados para su posterior colocación en lugar donde no puedan llegar las aguas. Abajo, la reconstrucción del santuario interior, con Ramsés al fondo.



ciseisavo de pulgada cada vez), hasta una altura tal que el agua no constituyese un peligro para ellos. Otro plan, esta vez francés, consistía en rodear los templos con un gran muro de trescientos pies de alto y una milla de longitud. Este proyecto tenía la ventaja de que no sacaba los templos de su marco original al que, según muchos, se debe bastante de su atractivo. Pero tanto el primero como el segundo costaban más de treinta millonadas de libras, demasiado dinero, incluso para un mundo subyugado por Ramsés.

El autor de este artículo presentó también un proyecto: según él, se debían dejar los templos bajo el agua, pero en agua clara y filtrada, de tal forma que se pudiesen contemplar todas y cada una de las partes del templo a través de ventanas instaladas en una serie de galerías de observación subacuáticas. Una pared de membrana curva serviría para impedir que pasasen las turbias aguas del pantano. Este proyecto permitía que los templos continuasen en su marco original, y solamente costaba poco más de un millón de libras. Los ingenieros egipcios se extrañaron mucho de que, mientras todo el mundo intentaba apartar el agua de los templos, yo hubiese escogido una fórmula que permitía su acceso a ellos. «Usted debe ser irlandés», y tuve que admitirlo.

empresa conjunta

Las autoridades egipcias decidieron, finalmente, que había que reedificar los templos en un lugar donde las aguas del Nilo no pudiesen llegar nunca. La compañía sueca VBB se encargó de los contratos y fue a un grupo conocido con el nombre de «Empresa Conjunta Abu Simbel», dirigida por la firma alemana Hochtief, de Essen, a quien se encomendaron los trabajos. Las firmas que constituyen la empresa conjunta Abu Simbel son las siguientes: «Atlas», de El Cairo; «Grand Travaux de Marseille», de París; «Impregilo», de Milán, y dos de Estocolmo, «Skanska» y «Sentab».

A partir del momento en que se llegó a esta decisión, comenzaron los trabajos con ritmo vertiginoso. Sin embargo, por el retraso de varios años con que se habían iniciado las tareas, se hizo necesario construir un muro alrededor de los templos para impedir el paso de las aguas recientes. Trabajando día y noche, dos mil hombres consiguieron adelantarse a la crecida de las aguas. Se instalaron bombas para eliminar el agua filtrada y prosiguieron felizmente los trabajos. Había que dividir los templos en mil-trescientos bloques manejables.

Primero se retiraron las enormes rocas que había encima de los templos y luego se cortó la piedra por detrás de éstos para, así, poderlos separar de la roca madre. Esta última operación estuvo controlada por compatriotas de Belzoni, unos 41 expertos de las canteras de mármol de Italia, que habían venido ex profeso. Al lado de los más modernos ingenios mecánicos, como «sierras de cadena» y de «alambre», se utilizaron sierras de mano y cuñas de madera tradicionales para cortar las inscripciones. Los bloques, de hasta treinta toneladas cada uno, se transportaron en cargadores hasta el lugar de almacenaje y allí se dispusieron en filas numeradas. SIGUE



Arriba, los templos antes de la construcción de la presa de Assuan, cuando iban a ellos los turistas. Abajo, la momia de Ramsés el Grande, en el museo de El Cairo. Ramsés murló casi de cien años, dejandó ciento once hijos y sesenta y siete hijas, tres de las cuales fueron, además, esposas suyas y, por tanto, madres de sus hermanos.



presencia del pasado

Al cruzar por entre este bosque de piedras, uno siente la presencia del pasado. Parece como si mil ojos nos estuvieran vigilando. En todas partes hay caras que asoman de pronto como un susto. El rostro enorme de Ramsés espera tranquilamente junto a un relieve de su hermosa hija y esposa, Nefertari. Este nombre significa «Hermosa Compañera» y, en verdad, debió serlo para él cuando la retuvo como esposa durante los 67 largos años de su reinado. Nefertari le dio, además, dos hijos, que hay que añadir a los 109 que ya había tenido de otras esposas. No hay lugar a dudas de que Ramsés la amaba: fue el primer faraón que mandó edificar un templo así para su esposa. Ramsés era un amante de la vida, deseaba siempre ser el centro de todas las miradas y se convirtió en el más prolífico constructor de monumentos personales que ha conocido nunca la historia. Sus estatuas y monumentos se encuentran en todas las partes del mundo. El obelisco de Cleopatra, junto al Támesis, así como otro parecido que se eleva en el Central Park neoyorquino, llevan su inscripción, aunque tanto uno como otro pertenecen a Tutmosis III.

Los antiguos egipcios decían que hablar de los muertos equivalía a resucitarlos. Ramsés el Grande está hoy en la mente de todo el mundo, y estoy seguro de que si alguien, un día cualquiera de las Navidades, le pidiese que hablara a las gentes, Ramsés citaría la Canción del Artista Ciego, inscrita en las paredes de una tumba de Luxor: «Pasa un día feliz y no te aburras».

(Fotos del autor: CAMERA PRESS-ZARDOYA)

ABU-SIMBEL



La construcción de los templos empezó hacia el 1270 antes de nuestra era. En 1813 fueron descubiertos por un suizo. Abajo, dos monumentales colosos de Abu Simbel.

